

á algunos centenares de pasos, cuando se encontró orilla de un riachuelo.

El caballero volvió los ojos á todas partes para buscar un puente; subió y bajó la orilla en distancia de un cuarto de legua próximamente; pero viendo que no encontraba lo que buscaba, creyó que el río era vadeable, y lanzó en él su caballo.

Mas apenas Pedro de Stauffenberg estuvo en medio de la corriente, la misma sombra que habia ya espantado á su caballo salió del agua y de nuevo se elevó ante él. Al verla se encabritó el caballo, derribó á su amo en el río, llegó á la orilla, y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y de lo que sucedió al caballero nadie supo nada; porque, aunque al día siguiente la huella de las patas del caballo conducia directamente al sitio donde habia caído, y aunque aquel sitio se conocia hasta entonces como que no tenia mas que dos ó tres piés de profundidad, se habia hecho allí de repente un pozo, cuyo fondo ha sido aun hasta el día imposible saber.

En cuanto al castillo de Stauffenberg, como jamás pudo probarse que el conde habia muerto, puesto que no se habia encontrado su cadáver, el emperador no creyó que podia disponer de él, sino hasta que el castillo quedó arruinado.

Estas ruinas son las que, segun dicen los aldeanos, están habitadas por Ondina y su hijo.

BADEN-BADEN.

Llegamos á Baden-Baden, que por la comodidad de las pronunciaciones francesas, llamamos Bade abreviado, á las ocho de la noche, con la intencion de detenernos allí todo el día siguiente.

Doce horas para ver á Bade cuando ha terminado la estacion de las aguas, son seis horas mas de las que realmente necesita un viajero concienzudo. Bade en el mes de octubre, es la mina sin mineros, es la colmena sin las abejas.

Felizmente tenia yo conmigo un jóven, amigo amable y de imaginacion, conocido de mis lectores, que seis semanas antes, y despues de muchas tribulaciones, se me habia reunido en Francfort. Como estas tribulaciones no carecen de algun interés artístico, y por otra parte, en medio de ellas encontrarán nuestros lectores lo que en vano bus-

carian en mí, una pintura de Bade en la estación de las aguas, sustituiré por un momento la prosa de Gerad de Nerval á la mia : como se ve, esto será muy cómodo.

El es, pues, quien habla :

« Bade es el Saint-Cloud de Strasburgo. El sábado cierran los Strasburgüeses sus tiendas y se van á pasar el domingo á Bade; esto es muy sencillo : ¿ esta circunstancia no quita algo á la auréola aristocrática de Baden-Baden ? Las grisetas del jardin Lips codean en el baile del sábado á las condesas de Alemania y las princesas de Rusia, porque la presentacion en el *Círculo de los extranjeros*, con que se hace tan gran ruido en Bade, no excluye á nadie mas que á las mujeres con gorra, los obreros con chaqueta, y los soldados.

» Héme aquí, pues, caminando un sábado como un simple strasburgüés, pero caminando en posta, á la una, por un camino lleno de carruajes. Se trata solo de poder llegar en la misma tarde y poderse vestir para el baile. Atravesamos los mercados, hacemos saltar chispas de lo que sirve de piso en las calles de Strasburgo, simple guijo que el asfalto amenaza invadir. Costeamos el arsenal y seiscientos cañones apilados en los patios como *salmones* de plomo. Seguimos la isla de verdosas aguas, rodeada de militares que pescan todo el dia, cebando sus sedales con langostas, medio eco-

nómico que rara vez les sale bien. Dejamos á la derecha el monumento de Desaix, esculpido en piedra encarnada, en medio de sauces llorones. Dejamos tambien atrás la aduana francesa, los dos brazos del Rhin, y nos encontramos al fin frente á frente de la aduana de Kehl.

» La aduana de Kehl es un personaje muy bondadoso y de mucha expedicion. ¿ Y qué podríamos nosotros, efectivamente, introducir en Alemania ? Guantes de París, damasco de algodón, blondas, cigarros de regalia, cachemiras Ternaux. Este seria un comercio poco lucrativo. Verdad es que nosotros tenemos la pretension de introducir allí ideas, pero esto no es tambien mas que una pretension.

» El camino es recto como una via férrea; en la singular comarca que atravesamos, todo es ó montañas ó país llano; nada de colinas, de accidentes de terreno. Los prados son magníficos; los caminos vecinales, con hileras de árboles frutales, tienen con que excitar el entusiasmo del general Bugaud. A ratos seguimos el Rhin, que serpentea á la izquierda, y como á la mitad del viaje, el fuerte Luis se nos presenta al horizonte. El camino atraviesa muchas aldeas bastante feas. Despues nos aproximamos al fin á esas montañas de color de violeta, que parecen tan próximas cuando se las mira desde lo alto de las murallas de Stras-

burgo. Estas son las verdaderas montañas de la Selva Negra, y sin embargo, su aspecto nada teine de terrible. ¿Pero cuándo veremos á Bade, la ciudad de las fondas, asentada en el flanco de una montaña, por la que sus casas van trepando poco á poco como un rebaño al que falta la yerba en el llano? ¿Su anfiteatro, célebre por sus ricos edificios, no se nos aparecerá antes de llegar? No; no veremos nada de Bade antes de entrar en él. Una larga calle de álamos de Italia cierra, como el telon de un teatro, esa maravillosa decoracion que parece la escena preparada de una ópera pastoril. Hay que colocarse en otra parte para gozar de este gran espectáculo. Tomad vuestras entradas para el *Salon de conversacion*; pagad vuestro abono, ocupad vuestro asiento, y entonces, en medio de las galerías de Chabert, oyendo las melodías de una orquesta que toca al aire libre todo el dia, podreis gozar del aspecto de todo Bade, de su valle, de sus montañas, si el bondadoso Dios tiene cuidado de encender convenientemente su araña, é iluminar los bastidores con sus hermosos rayos de estío.

» Porque á decir verdad, y esta es la impresion que nos causa al principio, toda aquella naturaleza tiene cierto aire artificial. Aquellos árboles estan cortados, aquellas casas están pintadas, aquellas montañas son vastos telones corridos sobre basti-

dores, por donde los *aldeanos* bajan por senderos *practicables*, y se busca en el cielo del fondo si alguna mancha de aceite va á descubrir al fin la mano del hombre y á disipar la ilusion. Se tendrá fe, allí sobre todo, en aquella fantasía de Enrique Heine, que siendo niño se imaginaba que todas las noches habia allí criados que iban á arrollar las praderas como si fuesen alfombras, descolgaban el sol, encerraban los árboles en un almacén, y que al dia siguiente por la mañana, antes que nadie se hubiera despertado, volvian á poner todas las cosas en su sitio, limpiar los prados, arreglar los árboles, y encendian la lámpara universal.

» Y por otra parte, nada que venga á alterar aquel pequeño mundo ideal; llegais no por un camino pedregoso y lleno de lodo sino por los enarenados paseos de un jardín inglés. A la derecha, bosques, grutas talladas en las rocas, ermitas, y aun una fuentequilla, adorno sin precio, por la escasez de este liquido, que se vende por vasos en todo el país de Baden; á la izquierda un riachuelo (sin agua) que tiene espléndidos puentes y en sus orillas verdes sauces que no desearian otra cosa que sumergir en él sus ramas. Antes de atravesar el último puente que conduce á la posta *Gran Ducale*, se ve la calle del Comercio de Baden, que no es otra cosa que un ancho paseo de encinas, á lo largo del cual se extienden magníficos bazares:

osténtanse allí telas de Sajonia en cajas de Inglaterra; cristalería de Bohemia, porcelana, mercancías de las Indias, etc., todas esas magnificencias prohibidas entre nosotros, cuyos atractivos arrastran á las señoras de Strasburgo á crímenes políticos, que nuestros aduaneros reprimen con ardor.

» La fonda de Inglaterra es la mejor de Baden, y su salon comedor es mas magnífico que ninguno de los comedores parisienses. Desgraciadamente la gran mesa se sirve á la una (esta es la hora á que se come en toda la Alemania), y cuando se llegue mas tarde, lo mejor que hay que hacer es ir á comer á la casa de Conversacion.

» En general, se come muy bien en Baden, las truchas del Mourgue son dignas de su reputacion. Se come allí la caza fresca y no corrompida. Es un sistema culinario que da lugar á diversas luchas de opiniones. Las chuletas se sirven fritas, los pescados grandes asados en parrillas. La repostería es mediana, los puddings son admirables.

» Ha entrado la noche: grupos misteriosos vagan bajo la sombra y recorren furtivamente los ribazos de césped de las colinas. En medio de un vasto parterre rodeado de naranjos, la casa de Conversacion se ilumina, y sus blancas galerías se destacan sobre el fondo espléndido de sus salones.

A la izquierda está el café, á la derecha el teatro, en el centro el inmenso salon de baile, cuya araña es tan grande como la de nuestra Opera; la decoración interior es de un estilo Pompeya, algo clásico, las estatuas trascienden á academia, las colgaduras recuerdan el gusto del imperio. Pero el conjunto es deslumbrador y la reunion que allí se apiña es del mejor tono. La orquesta ejecuta walses y sinfonías alemanas, á las que la voz de los que cantan no teme mezclar algunas notas discordantes. Estos señores han elegido el idioma francés, aunque sus puntos pertenecen en general á la Alemania y á la Inglaterra. « *El juego está hecho, señores, ¡nadie pone mas! ¡oros ganan! ¡bastos pierden! ¡trece, negro, paso!* » Hé aquí las frases obligadas que salen de las tres mesas verdes, de las que la mas concurrida es la *del treinta y cuarenta*. Causa admiracion el número de damas lindas y personas distinguidas que se entregan á estos juegos públicos. Yo he visto madres de familia que enseñaban á sus hijos á jugar por los palos, á los mayorcitos les prometian ensayarse en las pintas. Todo el mundo sabe que el gran duque de Tessé es el pié mas exacto del juego en Baden. Este príncipe lleva, segun dicen, todas las mañanas 12,000 florines que pierde ó cuadruplica durante el dia. Una especie de estafermo le sigue á todas partes cuando cambia de mesa, y permanece

detrás de él, á fin de observar á los que están inmediatos. Al que se aproxima demasiado, dirige este inspector observaciones: « ¡ Caballero, incomodais al príncipe! ¡ caballero, estais haciendo sombra á las cartas del príncipe! » El príncipe no se vuelve, no habla, no ve. De seguro podrian herirle por detrás sin que su fisonomía demostrase saberlo. Solo que el estafermo os diria con el mismo tono glacial: « ¡ Vuestro pié acaba de tocar al príncipe, tened cuidado, caballero! »

» El sábado, el dia de gran baile, un tabique divide el salon en dos partes desiguales, de la que la mayor se deja á las parejas de baile; solo los abonados son recibidos en esta última. No podeis formaros una idea de las muchas espaldas blancas, rusas, alemanas é inglesas que ví en aquella reunion. Dudo que ninguna ciudad de Europa esté mejor situada que Baden para esta exhibicion de bellezas europeas, donde la Inglaterra y la Rusia compiten en brillo y en blancura, mientras que las formas y la animacion pertenecen mas á la Francia y á la Alemania. Allí, Jaconde encontraria motivo de suspirar sin correr el mundo al acaso.

» Allí, don Giovanni formaria su lista en una hora, como una lista de restaurant, pronto á seducir en seguida á todas las que haya inserito.

» ¿ Qué os diré, por otra parte, de este baile, sino que son aquellos felices países donde se baila

en el verano mientras los balcones están abiertos á la brisa perfumada, la luna riela sobre el césped, y refleja en lontananza en los azulados flancos de las colinas, cuando podemos irnos á respirar á ratos bajo las oscuras calles de árboles, y se ven las mujeres lindamente ataviadas constituir el adorno mas bello de galerías y balcones? Estas tres cosas, belleza, luz y armonía, necesitan tanto del aire atmosférico, de las aguas y follaje, y de la tranquilidad de la noche! Nuestros bailes de invierno de París, con el ahogado calor de los salones, el aspecto fangoso de las calles, la lluvia que azota los balcones, y el terrible frio que nos espera á la salida, son una cosa bastante fúnebre. Y nuestras máscaras de febrero, no nos preparan mejor á la curesma que la muerte.

» Jamás, pues, ha habido un hombre rico en París, que haya concebido esta idea muy natural: ¡ Un baile de máscaras en la primavera! Un baile que comience á las espléndidas luces de la noche; que termine con los tintes azulados de la mañana. Un baile donde se entra alegremente, de donde se sale con alegría, admirando la naturaleza y bendiciendo á Dios. ¡ Máscaras sobre el césped, á lo largo de las azoteas, que vienen y desaparecen por los sombríos caminos, salones abiertos á todos los perfumes de la noche, cortinas que flotan al viento, bailes donde no falta el aliento, donde el cutis con-

serva su frescura ! ¿ Todo esto no es mas que un sueño de jóven que la moda se negará siempre á tomar por lo serio ? El invierno ¿ no tiene bastantes conciertos y teatros sin apoderarse tambien de los bailes y las mascaradas del estío ?

» Pero digamos algunas palabras acerca de la fiesta del gran duque, á que asistí.

» ¿ Qué fiestas imaginar en una ciudad perpetuamente de funcion ? El medio de distinguir este dia sería no hacer ninguna, suprimir las orquestas, los bailes, los teatros, las iluminaciones de todas las noches. ¿ Mas acaso tendremos paradas, grandes revistas ? Hé ahí de lo que es bueno informarse.

» En efecto, la ciudad hace grandes cosas. A las diez, misa mayor y *Te Deum*, tanto en Baden como en Lichtenthal ; á medio dia, revista, parada, marchas militares ; por la noche una pieza de hadas en el teatro aleman, compuesta en honor del gran duque de Baden ; todo el dia cañonazos de cuarto en cuarto de hora ; pero no poseyendo la ciudad ningun cañon, sospechamos se ha acudido á otro procedimiento para obtener esas detonaciones que se reproducen á lo lejos en las montañas.

» El camino de Lichtenthal se cubre de carruajes, paseantes, jinetes ; es todo el movimiento, todo el lujo, todo el brillo de un paseo parisiense. Lichtenthal es el Longchamps de Baden. Lichtenthal (valle de luz) es un convento de religiosas agus-

tinias, que cantan admirablemente. Sus plegarias son cantatas, sus misas óperas. Este retiro romántico, esta cartuja risueña, es, dicen, el asilo de los corazones lacerados. Allí van á curarse de los amores profundos ; pásase allí una temporada de tres, seis, nueve meses con el dolor, pero ¿ quién sabe cuánto tiempo puede sobrevivir el tratamiento á la curacion ?

» En verdad, es aquel un claustro de heroínas de leyenda, un monasterio con las ideas de madama Cottin y de mademoiselle Riccoboni. Los edificios se apoyan en una montaña que á ciertas horas, proyecta en la ladera la tenebrosa sombra de los pinabetes. El rio de Baden corre al pié de las murallas, pero no presenta en ninguna parte bastante profundidad para poderse convertir en tumba de una trágica desesperacion ; su eterna voz se queja por entre las rojizas rocas ; pero una vez en la tersa llanura, ya no hay mas que una roca del Ligamon, una pacífica corriente del Tendre, á lo largo de la que van á bajar los corderos de la aldea, peinada su lana y adornados con cintas segun el gusto de Vatteau. Ya comprendéis que los rebaños forman parte del material del país, y son conservados por el gobierno como las palomas de San Marcos en Venecia. Toda esta pradera que compone la mitad del paisaje se parece á la pequeña Suiza de Trianon. Como efectivamente, el

país entero de Baden es la imagen de la Suiza en pequeño, la Suiza, sin sus ventiscas y sus lagos, sin sus frios, sus nieblas y sus ásperas subidas; es necesario ir á ver la Suiza, pero es preciso ir á vivir á Baden.

» La iglesia del convento está situada en el fondo del patio grande, teniendo á la derecha la casa del claustro, y á la izquierda, al volver la esquina, una capilla gótica nueva, donde están los sepulcros de los margraves y todos los vidrios históricos que se han podido recoger, y leyendas inscritas en mármol. Ahora representaos una decoracion interior de la iglesia de un Pompadour exorbitante, santas con trajes mitológicos, en las actitudes las mas amaneradas del mundo, llevadas, sostenidas, acariciadas por diablillos de ángeles, desnudos como amores. Las capillas son gabinetes; adornos grotescos se enlazan al rededor de encantadores medallones y de pinturas escogidas de Vanloo. Dos altares tan solo llevan la imaginacion á ideas lúgubres, presentando á la vista religiosas muy bien conservadas de San Plus y de San Benedicto; pero aun en eso se ha buscado el medio de hacer la muerte presentable y casi coqueta. Los dos esqueletos, bien limpios, barnizados, engastados con plata, yacen en un lecho de flores artificiales, musgo y conchas, en una especie de bandeja de espejos. Tienen co-

ronas de oro y follaje; un cuello de encaje rodea las vértebras de su cuello; y cada una de sus costillas está adornada de una cinta de terciopelo encarnado bordado de oro, lo cual parece una especie de justillo calado del mas caprichoso efecto. El aspecto ridiculo y penoso á la vez de esta mascarada de esqueletos, solo puede compararse al de las momias de un duque de Nassau y de su hija que se enseñan en Strasburgo en la iglesia de Santo Tomás. Es imposible despoetizar mejor la muerte ni mofarse mas amargamente de la eternidad.

» Al presente, resonad, notas severas del canto de iglesia, notas prolongadas y llenas que traducen esos idiomas del cielo, el idioma sagrado de Roma. ¡Organo majestuoso, esparce tus sonidos como oleadas al rededor de esa nave medio profana! ¡Voces inspiradas de las santas doncellas, lanzad al cielo entre el canto del ángel, y el trino del ave! La multitud es grande y digna de asistir al santo sacrificio. Los extranjeros tienen el sitio de honor, ocupan el coro y las capillas laterales. Los habitantes del país llenan modestamente el centro de la iglesia, arrodillados sobre la losa y sentados en sus bancos de madera.

» Aquí comienza la misa mas singular que he oido jamás y que conozco, no obstante las misas italianas. Era una misa acompañada de violines y ejecutada muy alegremente. No tardaron en detenerse los can-

tantes, y las hermanas agustinas bajaron de una especie de gran camaranchon, colocado detrás del órgano y cubierto con una espesa celosía. En seguida no se oyó mas que una sola voz que cantaba una especie de aria, á la antigua usanza italiana. Eran giros, floreos increíbles, bordados capaces de hacer perder la cabeza á madama Damoreau y la voz á mademoiselle Grisi. Esto acompañado de una música del tiempo de Pergolese lo menos. Ya comprendereis mi placer; á nadie quiero ocultar que aquella música, aquel canto, me trasportaron al tercer cielo.

» Despues de la misa, subí al locutorio: el locutorio no desdecia de lo demás; un verdadero locutorio de novelas, el locutorio de Marianne, de Melania, y aun si quereis, el locutorio de Vert-Vert. ¡Qué felicidad encontrarse en pleno siglo XVIII de repente y completamente! Desgraciadamente, no tenia ninguna religiosa á quien llamar, y me contenté con ver pasar dos jóvenes novicias azules que llevaban crema de café á la señora superiora. Se vuelve á Baden siguiendo el curso del rio, ¡pero qué rio! No es navegable mas que para los patos; los gansos hacen allí pié casi en todas partes; no obstante, orgullosos puentes le atraviesan de todos lados, puentes de piedra, puentes de madera, y hasta puentes colgantes. No podeis imaginarnos hasta qué punto atormentan aquel pobre hilo

de agua limpida que nada queria mejor que ser simple arroyo. Han construido portazgos al otro lado de la ciudad, á fin de que cuando pase por allí presente mas superficie. Cuando se anunció en Baden la llegada del emperador de Rusia, se habló de echar algunos cubos de agua en el riachuelo para hacerle pasar al estado de rio.

» Mas dejemos en paz el pobre riachuelo de Baden-Baden, el país menos linfático del mundo. Un rumor circula por toda la ciudad. ¿Qué sucede? Es el ejército del gran duque que atravesaba por el paseo: cincuenta hombres de caballería, cien hombres de infantería, ocho tambores y veinte y cinco músicos. Esta majestuosa revista me da una idea bastante pobre de la educacion militar de las tropas badenesas. Pero mas tarde supe que aquellos soldados no eran mas que honrados trabajadores del campo del país, que van los dias de parada al castillo donde los visten, y en seguida devuelven fielmente aquel traje prestado. Las fuerzas militares de Baden no se componen en realidad mas que de doscientos uniformes un poco usados, con equipo completo, que queda á eleccion de la ciudad rellenar con cualquiera clase de figuras, cuando quiere dar á los extranjeros una idea de su poder.

» Las diversiones de la fiesta se reducian á las de todos los dias.

» Vamos á pasar á la pieza de circunstancias representada en el teatro alemán en honor del gran duque y su familia. Aquí sobre todo, es preciso alabar la intencion. Guirnaldas de flores y verdadero follaje adornaban el antepecho de los palcos, cuyas bellas espectadoras adornaban mejor el interior.

» Levantado el telon, se adelanta una actriz en traje de Thalia y pronuncia algun centenar de versos en elogio del gran duque reinante. Creíamos que la pieza se reducía á un monólogo, cuando otra actriz, vestida de Melpómene, llega á reprender á la otra porque no habla mas que del soberano actual y olvida á su predecesor. Entonces estas dos musas conversan en estrofas alternativas, como los pastores de la égloga, reproduciendo cada una los diversos méritos del soberano y de su padre. Luego se levanta un busto por una trampa del fondo de la escena, y las dos van á depositar en él guirnaldas. Una Gloria corona el todo, y llamas azules y rojizas acompañan este cuadro final. No era esto mas ridículo que la fiesta de la ceremonia de Moliere en el Teatro francés, pero lo era tanto. Una fuerte lluvia que ha caído toda la noche hubiera impedido los fuegos artificiales si los hubiese habido en el programa; lo cual sin duda haría que sintieran no haberlos anunciado los directores de la fiesta. »

TURENA.

Me ajusté con un alquilador de carruajes por tres thalers; mediante esta módica suma que corresponde á doce francos de Francia, tuve un carruaje de cuatro asientos, y un conductor que se comprometió á detenerse en el sitio donde fué muerto Turena. Poética é históricamente, es casi la única cosa que hay que ver de Baden á Strasburgo.

El camino que seguíamos para ir á Salzbach costea la Selva Negra, en cuyo lindero se interna algunas veces, pero para reaparecer casi al punto en el llano. Por lo demás, nada menos terrible, nada menos en relacion con su sombrío nombre, que aquellos lindos bosquecillos de verdura que se escapan como una franja festonada de la vasta alfombra del Schwartzwald.